El jacarandá y las luces violetas

Cuando Dios habla a través de la naturaleza

Nicolás Bertoa

Índice

Prólogo: ¿Puede Dios hablar a través de un árbol? 3
Capítulo 1: ¿Me respondió con un jacarandá? 5
Capítulo 2: ¿Por qué volvió la paloma? 6
Capítulo 3: ¿Un murciélago en el piso de mi casa? 7
Capítulo 4: ¿Y si se caía una rama gigante? 8
Capítulo 5: ¿Quién golpeaba mi ventana? 10
Capítulo 6: ¿Ese árbol pelado era yo? 12
Capítulo 7: ¿Qué había al final del sendero? 14
Capítulo 8: ¿Murciélagos y una víbora en plena vigilia? 15
Capítulo 9: ¿Dónde estaba el séptimo hongo? 17
Capítulo 10: ¿Jabalíes en medio de la oración? 19
Capítulo 11: ¿De dónde vino ese viento cálido? 21
Capítulo 12: ¿Qué me picó en la playa de Maceió? 23
Capítulo 13: ¿Por qué murió el pajarito? 25
Capítulo 14: ¿Por qué se frenaron los perros? 27
Epílogo: ¿El naranjo se esfuerza por dar fruto? 29

Prólogo: ¿Puede Dios hablar a través de un árbol?

Con los árboles me pasa algo particular. Cuando dibujo con chicos, casi siempre termino dibujando árboles. Me sale solo.

Todos los años, cuando florecen los jacarandás, una amiga me escribe. Ve los árboles violetas y se acuerda de algo que le conté hace mucho: la primera vez que Jesús me habló a través de un árbol. Me lo recuerda cada primavera. Este año no fue la excepción.

A mí me pasa lo mismo. En diagonal a mi casa hay un árbol de flores violetas. Cada vez que florece, lo recibo como un pequeño mimo de Jesús. Me recuerda aquella primera experiencia, cuando recién lo estaba conociendo.

Este año, además, estuve meditando en *La práctica de la presencia de Dios*, el libro que recoge las conversaciones del hermano Lorenzo, un hermano carmelita que vivió en París hace más de trescientos años. En la primera conversación aparece cómo se convirtió.

Tenía dieciocho años. Era invierno. Vio un árbol sin hojas, y pensó que dentro de poco las hojas iban a volver, y después las flores y el fruto. En ese árbol pelado vio la providencia y el poder de Dios. Esa visión nunca más se le borró del alma. Encendió en él un amor por Dios tan grande que, más de cuarenta años después, no sabía si había crecido.

Un árbol sin hojas. Nada más.

Cuando leí eso, me resonó muchísimo. Y fue el flechazo final. Me dije: tengo que escribir un libro con las experiencias en que Dios me habló a través de la naturaleza. Las veces en que me ayudó a entender algo. Las veces en que me aconsejó. Las veces en que me hizo sentir querido, mimado, protegido. Y las veces en que me cambió de dirección.

Ellen G. White lo dice en una frase de *El Camino a Cristo*: «Dios nos habla por la naturaleza y por la revelación, por su providencia y por la influencia de su Espíritu». Y enseguida agrega: «Pero esto no basta; necesitamos abrirle nuestro corazón».

Me parece que este libro cuenta justamente eso. La creación me llamó la atención hacia Jesús. Pero lo que más me cambió fue empezar a conversar con Él.

Y Jesús enseñaba así. Señalaba. «Miren las aves del cielo». «Fíjense en los lirios del campo». Hablaba de semillas, de higueras, del viento. Miraba lo de todos los días y ahí mostraba al Padre.

Este libro es eso: testimonios. Los cuento como pasaron.

Cuando digo que Jesús me habló, no hablo de una voz que escuché con los oídos. Es una impresión fuerte, adentro, que yo llamo un flechazo al corazón. Un jacarandá florece en primavera, una paloma se posa, una rama se cae. No puedo probar que cada cosa fue obra de Él. Lo que puedo contar es lo que pasó, y cómo lo viví hablando con Jesús.

No todos los testimonios terminan con una respuesta. Algunos terminan con una pregunta, y así los dejo.

¿Puede Dios hablar a través de un árbol?

Creo que sí. No porque lo haya leído en algún lado, sino porque me pasó.

Capítulo 1: ¿Me respondió con un jacarandá?

La primera vez que hablé con Jesús, me presenté. Le dije quién era, como se hace con alguien que uno recién conoce.

Y le hice un pedido. Le dije que me gustaría ser consciente de que Él era real. Que tampoco pretendía que hiciera aparecer luces violetas. Pero que me gustaría darme cuenta de que realmente estaba hablando con alguien.

Pasaron unos días.

Estaba en la oficina. En un momento de relax, di vuelta la silla y me quedé mirando por la ventana, hacia toda la calle. Justo enfrente de mi oficina había un árbol todo florecido de violeta. Un jacarandá.

Ahí vino el flechazo al corazón. A través de ese árbol, sentí que Jesús me decía: «Acá tenés tus luces violetas».

Ésa fue la primera vez.

Lo que más me impacta, todavía hoy, es que el color lo elegí yo. Lo dije como ejemplo de algo que no le iba a pedir. Y la respuesta llegó exactamente en ese color.

Obviamente, ese árbol ya estaba ahí. El jacarandá florece cada primavera, y muchas veces lo hace antes de que le salgan las hojas nuevas. Por eso no se ve un árbol verde con algunas flores, sino una copa entera violeta. Jesús no hizo aparecer nada. Yo lo viví así: usó un árbol y su proceso de florecer para que me diera cuenta de que Él era real.

Alguien podría decir que fue casualidad. Es cierto que no lo puedo probar. Para mí fue el comienzo de todo.

Me gusta pensar que el primer gesto de Jesús conmigo no fue un trueno ni una visión. Fue un árbol floreciendo a su tiempo, frente a una oficina cualquiera, mientras yo hacía una pausa en el trabajo.

Capítulo 2: ¿Por qué volvió la paloma?

Yo estaba recién empezando. Había conocido a Jesús hacía poco, y quería más pruebas de que era real.

Había una ventana con reja donde nunca se posaba ninguna paloma. Nunca. Y un día le dije: «Jesús, cómo me encantaría que, para darme cuenta de que me estás escuchando, se pose una paloma en este momento en la reja».

En el momento en que lo estaba diciendo, vino una paloma y se posó.

Me emocioné. Lo llamé a mi amigo, el que me había ayudado a conocer a Jesús. La paloma se fue.

Le empecé a contar lo que había pasado. Y en el momento justo en que le mencioné que se había posado una paloma, la paloma volvió. Y se posó en el mismo lugar.

Desde ese día, en esa ventana, nunca más se posaron palomas.

La primera vez, yo podía pensar que era casualidad. Una paloma pasa, se posa en una reja, se va. Pero volvió. Y volvió justo cuando yo lo estaba contando. A mí me parece que fue una confirmación de la confirmación.

Y me parece que tiene algo de ternura. Yo estaba empezando. Tenía miedo de estar inventándome todo. Jesús no me reprochó que le pidiera una señal. Me mandó una paloma. Y después me la mandó de nuevo.

Me recuerda a Tomás. No estaba cuando Jesús se apareció a los demás discípulos, y dijo que no iba a creer si no veía. Ocho días después, Jesús volvió y le mostró las manos. Y también le dijo que son felices los que creen sin haber visto.

Las dos cosas son verdad. Jesús atendió la necesidad de Tomás. Y le mostró que había algo más allá de ver. En ese momento, a mí me pasaba lo primero: necesitaba ver. Lo segundo vino después.

Capítulo 3: ¿Un murciélago en el piso de mi casa?

Fue mi primer Año Nuevo con Jesús.

Estaba en mi departamento meditando en las Escrituras. Fue un lindo momento. Entendí algunas cosas sobre la voluntad de Dios para mi trabajo.

En medio de esa meditación, le volví a decir a Jesús lo de siempre. Que quería ser consciente de que realmente me estaba escuchando. Y le dije: «No te voy a pedir que entre un murciélago por la ventana. Pero me gustaría saber que estás conmigo».

Terminé de meditar. Me iba a pasar Año Nuevo con mis padres. Mientras estaba cerrando todo en el departamento, vi en el piso un bultito negro.

Lo quise agarrar. Pensé que era un terrón de tierra.

Era un murciélago. Uno pequeño, que estaba dentro de mi casa.

Ahí me di cuenta de que Jesús también me había escuchado.

Con el jacarandá había dicho «no te pido luces violetas». Ahora había dicho «no te pido un murciélago». Y las dos veces llegó justamente eso.

Yo usaba esas frases como ejemplos de algo absurdo, algo que no le iba a exigir. Y Jesús me tomaba la palabra en lo que yo decía al pasar. A mí me parece que me estaba mostrando que me escuchaba palabra por palabra. Incluso lo que yo mismo no tomaba en serio.

Le había dicho «murciélago» casi en broma. Y ahí estaba, en el piso, a mis pies. Casi lo levanto pensando que era un terrón de tierra.

Capítulo 4: ¿Y si se caía una rama gigante?

Estábamos en un retiro espiritual en Los Quebrachos, un predio adventista en Córdoba.

Yo estaba hablando con Jesús. Le dije que quería una señal para estar seguro de que Él estaba ahí conmigo, de que realmente me escuchaba.

Y otra vez usé mi frase: «No te voy a pedir que se caiga una rama gigante de un árbol. Pero me gustaría que, aunque sea, pase algo de eso».

Esa misma noche se cayó una rama gigante de un árbol. Hizo tanto ruido que nos despertó a todos.

Cuando la vi, vino el flechazo al corazón: «Acá tenés la rama que me decías».

Luces violetas. Un murciélago. Una rama gigante.

Tres veces dije «no te voy a pedir esto». Tres veces llegó exactamente eso.

Para mí dejaron de ser coincidencias. Lo viví como un idioma que Jesús encontró conmigo: tomarme la palabra justo en lo que yo decía que era imposible. Y hay algo de humor en eso. Me imagino a Jesús escuchándome decir «no te voy a pedir una rama gigante», y sonriendo.

Quiero ser honesto con algo. No creo que esto sea una fórmula. No creo que alcance con decir «no te pido tal cosa» para que Dios la mande.

En los Evangelios, a Jesús le exigieron señales para ponerlo a prueba, y se negó a darlas. Y hay una escena que me parece muy honesta. Un funcionario le rogó que sanara a su hijo. Jesús primero le dijo: «Si no ven señales y prodigios, no creen». Y después sanó a su hijo.

Yo no le pedía señales para probarlo. Se las pedía porque estaba empezando y quería saber que no hablaba solo. Me parece que Jesús lee el corazón que hay detrás del pedido.

En los testimonios que siguen ya no le pido que me demuestre que existe. Algunos son lecciones que me enseñó mientras caminaba. Otros llegaron mientras oraba. Y en algunos no le pedí nada: le comenté algo, como se le comenta a un amigo que va al lado. Jesús me siguió hablando a través de la creación. Lo que fue cambiando fue lo que yo le pedía.

¿Cuándo deja uno de necesitar pruebas de que lo escuchan?

Capítulo 5: ¿Quién golpeaba mi ventana?

Durante un tiempo estuve enojado con mi vecino.

Sentía ruidos en los vidrios de la ventana del patio. Pensé que el vecino tiraba algo desde su lado, y que eso pegaba en nuestra ventana. Me enojé.

Pero después me di cuenta de que no era el vecino. Estaba sentado, y vi que era un árbol. Un árbol de su casa.

Ese árbol tiene una forma particular de soltar sus semillas. No deja caer el fruto al piso, como un naranjo. No espera a que el viento se lleve las semillas, ni a que un pájaro se las coma. Lo suyo explota. El fruto se abre de golpe y lanza las semillas con fuerza. Lo que golpeaba nuestro vidrio era la cáscara, que después caía al piso.

Tanto enojo, y era un árbol haciendo lo suyo.

En esos días yo venía hablando con Jesús sobre compartir. Escribo libros, grabo audiolibros que subo a YouTube, publico en la página web y en los estados de WhatsApp. Y muchas veces no sé a quién le llega nada de eso.

A través del ejemplo de ese árbol, Jesús me hizo saber lo que tenía que hacer: tirar lo que comparto. Que no se quede conmigo. Tirarlo. Alguien lo iba a recoger.

Ese árbol no apunta. No elige dónde cae cada semilla. Las suelta, y salen para cualquier lado: al pasto, a la vereda, contra mi ventana.

Entendí que no tenía que dirigir lo que comparto a tal o cual persona. Tenía que soltarlo como una botella con un mensaje que uno tira al mar. Y dejar que el mar se ocupe de que llegue al destino correcto.

Jesús contó la parábola del sembrador. El sembrador sale a sembrar, y la semilla cae en el camino, entre piedras, entre espinos y en buena tierra. La parábola no habla de cómo elige dónde sembrar. Pero cuando la leo,

me imagino a alguien que siembra a lo ancho, sin poder controlar dónde cae cada semilla. Y siembra igual.

¿Cuánto de lo que suelto está cayendo en lugares que nunca voy a ver?

Capítulo 6: ¿Ese árbol pelado era yo?

Hubo un tiempo en que estuve desconectado de Jesús.

Un día le estaba hablando. Le decía que no me estaba sintiendo bien conmigo mismo. Y de repente vi un árbol totalmente seco. Sin frutos. Sin hojas. Nada. Totalmente pelado.

Cuando vi ese árbol, me vino la impresión: así estaba yo. Pelado. Sin fruto. Desconectado. Había perdido el primer amor.

Fue doloroso reconocerlo. Pero lo viví como un mensaje de Jesús: estaba en un tiempo de poda, y tenía que volver a conectarme con Él.

Lo bueno es que la historia no terminó ahí. Al tiempo, vi otro árbol. Tenía un brote. Y a través de ese brote, Jesús me hizo ver que en mí también el brote ya estaba apareciendo. Que le había hecho caso a su consejo.

Un árbol sin hojas puede estar muerto. Pero también puede estar en invierno: muchos árboles pierden las hojas en el frío y, aunque por fuera parezcan secos, por dentro siguen vivos, con las yemas nuevas ya formadas, esperando el calor. Y también puede estar podado: alguien le cortó ramas, no para matarlo, sino para que crezca mejor.

No sé si el árbol que vi estaba muerto, dormido o podado. Lo que sí sé es que lo que yo estaba viviendo no era la muerte. Lo entendí como algo entre el invierno y la poda.

Jesús habló de la poda. Dijo: «Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Toda rama que da fruto, la limpia, para que dé más fruto». Y después: «Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así como la rama no puede dar fruto por sí misma si no permanece en la vid, tampoco ustedes si no permanecen en mí».

Eso era lo que yo había perdido. No una técnica, no una disciplina. La conexión.

El hermano Lorenzo vio un árbol pelado en invierno y pensó en las hojas que iban a volver. Yo vi un árbol pelado y primero me vi a mí mismo.

Después vi el brote. Me parece que las dos cosas son verdad: un árbol sin hojas puede ser un diagnóstico, y también una promesa.

¿De dónde estoy sacando la vida: de la rama, o de la vid?

Capítulo 7: ¿Qué había al final del sendero?

Fuimos al sur con mi esposa, a Villa La Angostura, Bariloche, toda esa zona. Nos habían dicho que los senderos eran muy lindos.

Entramos en un sendero que se metía en un bosque. Mientras caminaba, iba orando. Y le iba diciendo a Jesús: «Esto es como la meditación bíblica».

Uno se va adentrando en la historia, como en un bosque. Puede elegir si se adentra poco o mucho. Pero si pasa el tiempo suficiente meditando, mirando los detalles, viviendo la experiencia, realmente llega a sacar joyas.

En un momento, el sendero se empezó a meter en una especie de bosque más oscuro. Pero era muy atractivo.

Y de repente, de la nada, cuando terminó el sendero, se abrió todo el paisaje. Delante aparecieron las montañas, con toda su majestuosidad.

Ahí, frente a esa majestuosidad, sentí realmente la presencia de Jesús. Y me di cuenta de que era justamente lo que le venía diciendo. Cuando uno lo busca de todo corazón, cuando medita en las Escrituras en profundidad, llega a cosas que lo sorprenden.

Desde adentro del bosque no había ningún indicio de lo que había del otro lado. Nunca hubiese pensado que estaba eso.

A su pueblo, que estaba en el exilio, lejos de casa, Dios le dijo por medio de Jeremías: «Me van a buscar y me van a encontrar, porque me van a buscar con todo su corazón». Me parece que eso muestra cómo es Dios: no se esconde de los que lo buscan de verdad.

Esta caminata fue distinta de las primeras experiencias. No le había pedido ninguna señal. Iba caminando y conversando con Él. Y el camino mismo se volvió la respuesta.

¿Cuánto me pierdo por quedarme en el borde del bosque?

Capítulo 8: ¿Murciélagos y una víbora en plena vigilia?

Estábamos en una reunión de oración en Brasilia. Eran como vigilias, de madrugada.

A mí esas reuniones siempre me costaron. Por el frío, por el sueño o por el desánimo.

En una de esas noches estaba aburrido, sin ganas de orar. Estaba arrodillado orando, y de repente empecé a ver sombras.

Cuando miré bien, vi que eran murciélagos volando alrededor mío. No eran chiquitos. Eran grandes.

Eso me dio bastante adrenalina. Se me fue el sueño, y me puse a orar con más fervor.

En ese lugar había un cañaveral cerca. Por eso, se ve, había tantos murciélagos. Así que cambié de lugar.

Yo soy estructurado. Cuando encuentro un lugar, vuelvo siempre al mismo. Así que todas las noches iba a orar a ese lugar nuevo.

Una de esas noches, cuando llegué, había una pequeña víbora.

Otra vez, la adrenalina. Esa noche estuve mucho más atento. Más atento en la oración, más atento en lo que decía. Y esa noche se volvió muy especial.

No sé por qué aparecieron esos animales esas noches. Pero yo lo viví así: Jesús estaba usando la naturaleza para despertarme. Para que me mantuviera atento. Para que no bajara la guardia.

Muchas veces, la naturaleza me había hablado con cosas lindas: flores violetas, una paloma. Esta vez me habló asustándome. Pero los murciélagos no me hicieron nada, y la víbora tampoco. Sólo me despertaron.

Me recuerda a Getsemaní. La última noche antes de la cruz, Jesús les pidió a Pedro, a Santiago y a Juan que velaran con Él mientras oraba. Volvió y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro: «¿Así que no pudieron ve-

lar conmigo ni una hora? Velen y oren. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

Junto con la pregunta, Jesús dijo algo que es verdad para todos: uno quiere, pero el cuerpo no acompaña. Con toda la distancia que hay entre esa noche y una vigilia en Brasilia, yo me reconozco en esos discípulos. Quería orar, pero el sueño y el frío ganaban.

A mí me parece que los murciélagos y la víbora fueron una forma de cuidado. Como alguien que te toca el hombro cuando te estás quedando dormido en un momento importante. No para retarte, sino para que no te pierdas lo que está pasando.

¿Qué cosas incómodas me están despertando para algo que no me quiero perder?

Capítulo 9: ¿Dónde estaba el séptimo hongo?

Soy orador de un ministerio que se llama Momentos a Solas con Cristo. El programa tiene seis momentos y una reunión de oración.

Al principio, los momentos del uno al seis los daba como un pez en el agua. Me sentía capacitado, me sentía muy bien. Tenía testimonios en cada momento. Conocía el contenido. Y me sentía con autoridad para enseñarlo, porque lo vivía.

Pero la reunión de oración siempre me costó. No era algo que me gustara. Y no me sentía cómodo enseñándola, porque no era algo que yo viviera.

En uno de los retiros espirituales, en Los Quebrachos, fui a un lugar en la naturaleza. Y de repente vi, a un costado, seis hongos puestos en fila.

Seis hongos. En fila.

Cuando vi esos hongos, vino el flechazo al corazón. Entendí que era un mensaje para mí. Cada hongo era uno de los seis momentos. Algo que yo ya tenía muy bien entendido, algo que estaba creciendo. Pero no estaba el séptimo. No estaba la reunión de oración.

Me fui de ese retiro, y pasaron los meses.

Empecé a entender la reunión de oración. Fue un tema por el que clamé. Le pedí ayuda a Jesús. Y me fui familiarizando, fui entendiendo más y mejor.

En otro retiro espiritual volví al mismo lugar. Fui al sitio exacto donde habían estado los hongos.

En lugar de seis hongos, había uno solo.

Lo entendí así: ése era el hongo que faltaba. Justo ahí había crecido el séptimo.

Vino el flechazo otra vez: «Ahora también está la vigilia. Ahora entendiste. Ahora está todo completo».

Fue un gran alivio. Y pude ver en los hongos el recorrido honesto de lo que me venía pasando: mis virtudes y fortalezas, y las cosas en las que estaba flojo o necesitaba mejorar.

Capítulo 10: ¿Jabalíes en medio de la oración?

Fue en otra reunión de oración de Momentos a Solas con Cristo, en Los Quebrachos, en el mismo predio donde había ocurrido el testimonio de los hongos.

Estábamos orando con mi esposa. Y de la nada, empezamos a escuchar ruidos que venían del monte.

Dejé de orar y me puse a conversar con Jesús.

Y vimos que del monte venían unos cerdos salvajes, tipo jabalíes, con sus hijitos.

Esos animales pueden atacar. Pero yo, la verdad, no tenía miedo.

Le empecé a decir a Jesús: «Jesús querido, Vos controlás la naturaleza. Nos estás protegiendo. Nosotros estamos orando». Yo estaba disfrutando de verlos. Le agradecía por esos cerditos. Me daba cuenta de que eso también era una forma de decirnos: «Estoy con ustedes. Me doy cuenta de que están orando».

Pero mi esposa tenía un poco de miedo. Y le pedía a Jesús que se los llevara.

En ese momento, justo cuando ella le pedía que se los llevara, una de las personas que estaba ahí los espantó. Los cerdos se asustaron y se fueron corriendo de vuelta al monte.

Me gusta mucho esta escena, porque es la misma situación con dos oraciones distintas. Yo agradecía y disfrutaba. Ella tenía miedo y pedía que se fueran. Ninguno de los dos estaba equivocado. Y me parece que a los dos nos escuchó.

Lo que pasó fue que una persona los espantó. Nada espectacular. Alguien que hizo lo que había que hacer, en el momento justo. Yo lo viví como la respuesta al pedido de mi esposa. Me parece que muchas veces Jesús responde así: a través de alguien que está cerca.

En los Evangelios, Jesús no trataba a todos de la misma manera. A Pedro, que se hundía en el agua por miedo, le tendió la mano. A María, que lloraba en el jardín, la llamó por su nombre. A cada uno lo encontraba donde estaba.

Lo de Brasilia había sido años antes. Allá, los animales me sobresaltaban para que no me durmiera. Acá, en una reunión de oración, aparecieron animales que podían ser peligrosos, y yo estaba en paz, conversando con Jesús.

Ya no hacía falta que me despertaran.

¿Hace falta que todos le pidamos lo mismo para que nos escuche?

Capítulo 11: ¿De dónde vino ese viento cálido?

Estábamos en otra reunión de oración de Momentos a Solas con Cristo. Éramos pocos: siete personas.

Yo estaba orando solo, y veía que hacía frío. A mí el frío nunca me complicó demasiado. Pero veía que probablemente los demás la estaban pasando mal.

Así que se lo comenté a Jesús. No era un pedido formal. Le comenté, como a un amigo, que la gente podía tener frío, que hiciera algo.

Terminó ese bloque de oración. Fuimos y nos sentamos para recibir la próxima instrucción.

El cielo estaba totalmente despejado. Y de la nada vino un viento súper cálido. Como si fuera el aire de un secador de pelo al máximo.

Todos lo empezamos a sentir. Nos empezamos a mirar unos a otros, porque nos dimos cuenta de que estaba pasando algo. De repente estaba súper frío, y ahora cálido. No vino ninguna tormenta. No llovió. No hubo nubes. Nos pareció súper raro. Y lo vivimos como Dios respondiendo a la oración.

Después hablé con uno de mis amigos que también estaba en ese retiro. Y me contó algo.

En el mismo bloque en que yo le estaba comentando a Dios lo del frío, él le estaba pidiendo que por favor lo ayudara. Le estaba costando orar con ese frío.

Dos personas. Una comentando, otra pidiendo. Y lo que todos sentimos como una sola respuesta, para los siete.

Fue el cariño de Dios, usando la naturaleza para que la reunión de oración se pudiera hacer bien.

Sé que existen vientos cálidos que llegan de golpe, con cielo despejado. En Córdoba conocemos el viento norte. Puede que tenga una explica-

ción así. Pero lo que me sigue asombrando no es el viento. Es el momento.

Lo que más me llama la atención de este testimonio es la forma en que le hablé. No fue una oración solemne. Fue un comentario, de esos que uno le hace al que tiene al lado. Me parece que eso es lo que el hermano Lorenzo llamaba la práctica de la presencia de Dios: conversar con Él durante el día.

Me recuerda a las bodas de Caná. La madre de Jesús le comentó: «No tienen vino». Jesús le respondió que todavía no había llegado su hora. Y aun así, hizo algo.

¿Cuántas cosas le comento a Jesús sin darme cuenta de que me está escuchando?

Capítulo 12: ¿Qué me picó en la playa de Maceió?

Este testimonio es distinto. No digo que haya sido Jesús hablándome. Lo cuento porque es parte de lo que viví con la naturaleza, y porque todavía tengo preguntas.

Nos fuimos de viaje en familia a Brasil, a Maceió. Estábamos en la playa. Pisé en un lugar de la arena donde había una raya. No me di cuenta de que estaba ahí. Y me picó.

Yo siempre la llamé mantarraya, pero las mantarrayas no pican. Por cómo fue, lo más probable es que haya sido una raya de las que tienen una espina en la cola.

Fueron las tres horas más horribles y dolorosas de toda mi vida. Hasta que fuimos a un hospital en Maceió, me pusieron una inyección y se me pasó.

Después supe que meter el pie en agua caliente, sin que llegue a quemar, suele aliviar mucho ese dolor, aunque igual hay que ir al médico. Si lo hubiera sabido, habría sabido mejor cómo manejarlo. Pero no lo sabía.

Por un lado, estaba agradecido. Agradecido de que no le hubiera pasado nada a ninguno de mis hijos, ni a mi esposa.

Pero por otro lado estaba enojado. Y se lo dije a Jesús. Le decía: «¿Cómo no corriste esa raya? ¿Cómo no usaste tu poder? ¿Por qué no la espantaste?».

Es algo que, hasta el día de hoy, no tiene respuesta.

No tengo una explicación que cierre. Podría decir que algo bueno salió de eso, que aprendí algo. No lo sé. No lo voy a inventar.

Lo que sí sé es que las dos cosas conviven en mí. La gratitud porque no le pasó a nadie más de mi familia. Y las preguntas, que siguen abiertas.

Me parece que se puede hablarle así a Dios. Job lo hizo durante capítulos enteros. Los salmos están llenos de reclamos: «¿Hasta cuándo, Señor?».

Y Jesús mismo, en la cruz, gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?». No escondió la pregunta.

Un libro sobre cómo Dios habla a través de la naturaleza no puede contar sólo las veces en que todo cerró bien. La creación también duele. Y hay momentos en que uno le habla a Jesús y no escucha respuesta.

Creo que la fe no consiste en tener todas las respuestas. Consiste en seguir hablándole, también cuando no las hay.

¿Por qué no la corriste?

Capítulo 13: ¿Por qué murió el pajarito?

En la casa donde vivíamos antes, encontramos un pajarito en el suelo. Al parecer, el árbol había tenido algún problema, y el pajarito se había caído. Era bebé. No podía volar.

Lo trajimos a casa. Lo pusimos en una caja. Le dimos pan con leche y agua.

Mientras tanto, yo le decía a Jesús que Él cuidaba a los pajaritos y los alimentaba, como dice la Biblia. Que Él se encargaba de su cuidado. Que seguramente lo iba a cuidar.

Le seguíamos dando agua y pan, pero el pajarito no comía. Había estado al sol. Y cada vez que nos acercábamos a la caja, tenía miedo. Así que lo dejamos solo y tranquilo.

Pero el pajarito terminó muriendo.

Me fui a caminar. Y le hablé a Jesús. Estaba molesto.

Le dije que Él lo podría haber cuidado. Que nosotros habíamos hecho lo que pudimos. Aunque, la verdad, no sabíamos bien cómo ayudarlo. Hoy sé que el pan con leche no es alimento para un pichón, y que a veces los pichones están en el suelo y sus padres los siguen cuidando. No sé si algo de eso cambió lo que pasó. Que por qué lo había dejado morir, si en su Palabra habla de los pajaritos, y dice que los cuida y que los alimenta.

Mientras le hablaba de esto, empecé a darme cuenta de que había pajaritos cerca de mí. Y que cuando yo caminaba, volaban hacia el lado en que yo iba.

Ahí sentí la presencia de Jesús, conmigo.

No hubo respuesta. Pero al menos entendí que me estaba escuchando.

Jesús dijo: «Miren las aves del cielo, que no siembran ni cosechan ni guardan en graneros, y el Padre de ustedes, el que está en los cielos, las alimenta».

Y en otro momento dijo: «¿No se venden dos gorriones por una moneda? Y ni uno de ellos cae a tierra sin el Padre de ustedes».

Durante mucho tiempo leí esa frase como una promesa de que los pájaros no caen. Pero no dice eso. Dice que no caen sin el Padre. Los gorriones caen, y Jesús lo sabía. Yo lo leo así: no caen solos.

No quiero usar esa frase para cerrar lo que me pasó, como si lo explicara. No lo explica. Me molestó que el pajarito muriera. Pero ese día, en vez de una respuesta, recibí compañía. Y la compañía llegó con alas.

¿Qué hago cuando Jesús, en vez de explicarme, simplemente se queda conmigo?

Capítulo 14: ¿Por qué se frenaron los perros?

Habíamos sacado a pasear a la perra con mi hijo Nikito.

De repente vinieron dos perros. Querían atacarla, molestarla. Yo trataba de hacer malabares. Por un lado, que a mi perra no la mordieran. Por otro, que no le pasara nada a mi hijo.

Hasta que en un momento dije, en voz audible: «Jesús, ayúdame».

Y los dos perros se quedaron inmóviles. Quietos. Y se fueron.

Ahí me di cuenta. Y también se dio cuenta mi hijo. Fue un testimonio para él: Jesús también maneja la naturaleza.

A la semana siguiente salí yo solo con la perra. Y apareció uno de esos perros.

Esta vez fue distinto. Era consciente de la presencia de Jesús. Y le dije, como quien le comenta algo al que camina al lado: «Ahí vienen de nuevo».

El perro se paró en medio de la calle. Y se fue.

La primera vez fue un pedido de ayuda en medio del apuro. La segunda fue un comentario. Me parece que eso es lo que el hermano Lorenzo llamaba la práctica de la presencia de Dios. Saber que Él está, y hablarle con naturalidad. No sólo cuando todo se desborda. También en una vereda cualquiera, paseando a la perra.

Una noche, Jesús cruzaba el lago con sus discípulos y se había dormido en la barca. Se levantó una tormenta fuerte. Los discípulos lo despertaron gritando: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?». Jesús se levantó, le habló al viento y al mar, y todo se calmó. Después les preguntó por qué tenían tanto miedo, y si todavía no tenían fe.

Me llama la atención el orden. Jesús no esperó a que tuvieran más fe para ayudarlos. Primero los ayudó. Después les hizo la pregunta.

Eso me pasó a mí. La primera vez le pedí ayuda en medio del apuro, y Jesús me ayudó. La segunda vez estaba tranquilo, y Jesús me ayudó igual.

Ya conté lo de la raya en Maceió. Ahí no se movió nada. Acá los perros se frenaron. No tengo una explicación para la diferencia. No voy a decir que acá oré mejor, o que allá me faltó fe. No creo que sea así. Las dos cosas son parte de mi historia con Él.

Lo que más me alegra de este testimonio es que Nikito estaba ahí. No se lo tuve que contar.

¿Le hablo a Jesús sólo cuando necesito ayuda?

Epílogo: ¿El naranjo se esfuerza por dar fruto?

Enfrente de mi casa hay un naranjo. Da naranjas agrias.

Lo veo todos los días, pero nunca me había detenido mucho a pensar en él. Simplemente está ahí. Vive, crece y da sus frutos.

Muchas veces las naranjas caen al suelo y se pudren, porque nadie las junta. Uno podría preguntarse para qué da tantas, si nadie las aprovecha.

Sin embargo, el árbol las sigue dando. No necesita saber quién las va a recoger.

Ya conté que muchas veces no sé a quién le llega lo que comparto: los libros, los audiolibros, las reflexiones, las predicaciones, los estados de WhatsApp. En cierto sentido, me parezco al naranjo de enfrente. No necesito controlar el destino de cada fruto para que tenga sentido darlo. Me gustaría que lo que comparto llegue a alguien y lo acerque a Jesús. Pero eso no está en mis manos. Lo mío es confiar en Él con los resultados.

Un día me di cuenta de algo más. El naranjo no sólo da naranjas. También da sombra. Y cuando cae granizo, protege los autos que están debajo. Aunque nadie juntara una sola naranja, el árbol seguiría sirviendo. Y no sabe todas las maneras en que ayuda a lo que tiene alrededor.

Hace unos dos años, mi esposa plantó un limonero. Todavía tiene que crecer mucho antes de dar limones en abundancia. Se lo puede regar y cuidar, pero no se le puede exigir que dé lo mismo que un árbol de muchos años. Hay procesos que necesitan tiempo. Y me parece que crecer con Jesús se parece mucho más a crecer como un árbol que a cumplir un proyecto con plazos.

Hasta acá hablé del fruto como lo que comparto con otros. Pero hay otro fruto, más adentro: lo que Jesús va haciendo crecer en mí. Y ésta es la idea que más me importa de todo el libro.

El árbol no trata de dar fruto. No está obsesionado con producir naranjas. No se compara con los árboles vecinos. No se preocupa por lo que va a pasar el año que viene. Se queda donde está, recibiendo agua, luz y lo que la tierra le da. Y de esa vida, cuando llega el momento, aparece el fruto.

Jesús dijo: «Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Así como la rama no puede dar fruto por sí misma si no permanece en la vid, tampoco ustedes si no permanecen en mí».

En ese mismo discurso, Jesús dice también que permanecer en su amor es amar como Él amó. Permanecer no es quedarse quieto. Pero la vida no sale de la rama. Sale de la vid.

Es fácil convertir la vida cristiana en una lista de cosas para mejorar. Más paciencia. Más bondad. Más humildad. Pero si pongo la paciencia como meta, termino obsesionado con mi impaciencia. Y cada vez que tropiezo, me frustro. En cambio, si mi meta es estar con Jesús, los cambios en mi carácter pueden ir apareciendo como consecuencia de estar con Él.

No buscar la paciencia, sino buscar a Jesús. No angustiarme por cuánto fruto doy ni por quién lo recibe, sino quedarme unido a Él.

Con las señales me pasa algo parecido. Jesús explicaba muchas cosas con la naturaleza, y la Biblia está llena de ejemplos tomados de la creación. De Salomón se cuenta que habló de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta la hierba que crece en la pared, y de los animales, las aves, los reptiles y los peces.

No creo que haya que andar buscando señales en cada árbol. Pero tampoco quiero cerrar esa puerta, porque es una de las formas en que Dios se comunica.

Y hay algo que fui aprendiendo. Los flechazos al corazón no llegan cuando los persigo. Llegan como sorpresas, cuando no los espero. Igual que el fruto del árbol.

El hermano Lorenzo vio en un árbol de invierno la providencia y el poder de Dios. Después vivió más de cuarenta años conversando con Él en las tareas de todos los días: primero en la cocina del convento, y más tarde arreglando sandalias. Sin buscar nada extraordinario.

Al principio de este libro, yo le pedía a Jesús luces violetas, murciélagos y ramas gigantes. Necesitaba saber que me escuchaba.

Hoy miro el naranjo de enfrente, y no le pido nada.

Me alcanza con saber que Jesús está conmigo.